

En qué lugar se esconde la niña de mis ojos

Mañana cumpla veintinueve años. Vivía con mi madre en un departamento arrendado en la calle Huérfanos, pero falleció en la pandemia. El médico tratante, quizás como para darme consuelo, dijo que igual no había mucho más por hacer. Ni siquiera pude despedirme ni menos decirle que la amaba. Fue muy duro.

Son las siete de la mañana y el resplandor del amanecer se cuele por el velo de la cortina. Llovió toda la noche y el cielo sigue encapotado. Después de años de sequía los meteorólogos acertaron. ¡Qué bien! -pienso- así el auto estacionado a la intemperie se lavará solo. Hace semanas que debía llevarlo al lavado automático, pero cada vez que pasaba por allí la fila era demasiado larga.

Para los que me ven, soy delgada y de estatura baja. Algunos opinan que tengo ojos soñadores, los que escondo bajo tupidas pestañas de rímel. Otros piensan que soy coqueta y que poseo un cierto atractivo, pero yo no lo creo así.

Hará medio año que me emparejé con Gaspar, sabiendo que era casado y con dos hijos. Nos conocimos en el lanzamiento del nuevo formato de la revista para la cual trabajo como fotógrafa. Él es gerente de uno de los bancos que publica avisos. Fue flechazo a primera vista. Sin embargo, nuestra relación duró lo que dura una relación sin futuro. Después que lo confronté una noche, Gaspar terminó por confesar: “No puedo separarme, ella es la madre de mis hijos, pero igual te quiero a ti. ¡No entiendo tu insistencia si podemos seguir de la misma forma como hasta ahora!”. Nunca supo que esperaba un hijo suyo, tampoco que lo perdí.

Marcos, mi padre, me entusiasmó en esto de la fotografía. Pero un día se fue y nunca más regresó. “Las cosas hay que hacerlas lo mejor que puedas”, me dijo.

Me lo tomé en serio, aunque sabía que sólo eran palabras, pero había algo en esas palabras que me dieron miedo. Por eso mi seudónimo de Soledad Roth. La revista "Verdades Ocultas" se reparte sin costo tras una exhaustiva selección de suscriptores. Va dirigida solo a quienes se declaran ser del sexo masculino pertenecientes al grupo ABC1. Es como una especie de Playboy a la chilena impresa en papel couche. Mes a mes publica artículos financieros, entrevistas a políticos y empresarios conocidos, recetas de famosos chefs de cocina gourmet, y, coach mentales que enseñan técnicas de mindfulness para reducir el estrés y ser felices en tiempos de incertidumbre. Aunque, lo que concita el mayor interés de los lectores, son las páginas centrales. Ahí es cuando yo entro en acción. Con currículos en mano, entrevisto a las muchachas que buscan dinero y fama. Estas deben responder a varias exigencias, ante todo ser sensuales y atractivas, también fotogénicas y cuanto más sexis mejor. A las que selecciono, me encargo de maquillarlas, peinarlas, desvestirlas, y, con diversos accesorios eróticos, las hago posar. En lo personal, me declaro una ferviente feminista y voy a cuanta marcha haya, pero trabajo es trabajo y como decía mi abuela Olga Roth: "el dinero no crece en los árboles".

Cierto día, a una de estas muchachas la encontraron muerta de tres puñaladas en el Parque Forestal. La conclusión de la PDI fue que la tal Cristina, una colombiana de físico exuberante, estaba involucrada en el tráfico de drogas. La noticia explotó en los todos los matinales al mismo tiempo, quienes arremetieron con saña en contra de "Verdades Ocultas" y en contra mía por el solo hecho de haber tomado

las fotos. Me citaron a declarar bajo sospecha de ser parte de una red de narcos. Luego de meses de angustia, fui sobreseída por falta de pruebas. Aunque lo peor sucedió después. A pesar del prestigio y el reconocimiento ganado en el gremio, tan competitivo y tan poco dado a los halagos cuando se trata de una mujer, fui despedida. Sin embargo, la revista siguió editándose con éxito, aprovechando la publicidad conseguida gratuitamente en los medios.

Ya sin ataduras con nada ni con nadie, un viernes del mes de julio, metí mis cosas en una maleta, encajé un vaso plástico con café caliente en el soporte bajo la radio, encendí un cigarrillo y partí en mi auto a Pichilemu. El tráfico en la ruta 78 era intenso. En vez de tres horas el viaje duró cuatro. El CD de Los prisioneros me ayudó a calmar los nervios. No dejaba de cuestionarme ¿a qué diablos voy? Cumpliendo con sus últimos deseos, la abuela Olga dejó establecido que la casita de la playa fuera para la niña de sus ojos y que arrojara sus cenizas al mar que tanto amaba. Con el ánfora aferrada a mis manos, me vi de nuevo sentada en un bote como si fuese ayer. Vuelvo a sentir como el vaivén de las olas me retrotraen a los días felices, ¿tendría unos cinco años cuando ella me regaló aquel abrigo rojo y los zapatitos de charol negro? Esparcí las cenizas de a poco para que no se las llevara el viento. Desconocí si eran mis propias lágrimas o las gotas de la rompiente las que humedecieron los ojos de la niña de la abuela Olga.

Como una intrusa introduje la llave y empujé con fuerza la puerta hinchada de humedad. Gruesas cortinas desteñidas de cretona con dibujos de flores filtraban los débiles rayos del sol invernal. Los muebles, cubiertos con sábanas blancas, se

me asemejaban fantasmas durmiendo el sueño eterno. Y el olor, ese olor a calor de hogar que evocaba en mi memoria, era olor a encierro y a vejez.

Deshabitada por largo tiempo, la casa mostraba visibles signos de deterioro. Con la escasa jubilación, caí en la cuenta de que a la abuela Olga le había sido imposible mantenerla en mejor estado. Me culpé por no haberle ofrecido ayuda; tan solo después de su muerte seguí pagando las cuentas. Me recriminé por no haberla ido a ver más a menudo, siempre con la excusa de no tener tiempo, el que ahora tenía de sobra. Pienso en que diría la abuela Olga al ver en lo que se había convertido aquella niña de sus ojos, la que se creía invencible y tan segura de sí misma queriendo abarcar el mundo.

Corrí las cortinas y dejé que el aire marino ingresara por la ventana. Mientras recogía las sábanas, sentí unos golpes en la puerta. Temerosa pregunté ¿quién es? “Soy Juana, la vecina del lado. Vi un auto y quise asegurarme de que no fuera un ladrón queriendo desvalijar la casa de la Olguita”. Abrí y me encontré frente a una mujer sesentona de cara rubicunda, ojos vivaces, cabello gris anudado con cola de caballo. Vestía pantalones y parka azul, bufanda de lana roja y bototos cafés. ¿Eres la nieta de la Olguita? ¡Te pareces tanto a ella! Cuando le dije que sí, que venía a quedarme por algunos días, la Juana se tranquilizó. ¿Necesitas algo? ¡Sí, alguien que me ayude a limpiar y hacer algunas reparaciones! Juana dio media vuelta y al rato vino cargando un escobillón, pala y plumero. Entre las dos sacudimos y barrimos el polvo acumulado en el tiempo. Al otro día vino Raúl, un maestro chasquilla que se encargó de revisar las llaves del agua, el calefón, las

hornallas de la cocina, hacer funcionar el refrigerador y arreglar la puerta de calle.

Más no hacía falta, del resto me ocuparía yo.

La casa tiene dos ambientes y adapté la pieza más pequeña como cuarto oscuro.

El maestro Raúl volvió hoy. Sorprendido ante mi solicitud, colgó un espejo en el techo del dormitorio. Sí, es una locura, lo sé, pero quisiera creer que al mirarme sin careta y sin disfraz, desistiré de un nuevo intento de acabar con todo.

Es de día. Despierto somnolienta después de una carreteada y embrollada noche.

En cámara lenta recuerdo que alguien, a quien no distingo, me llevó en brazos a la cama. Aún siento su aroma en la almohada, mezcla de loción de afeitar y

cannabis. Palpo estirando el brazo por si ese alguien está a mi lado. No hay nadie.

¿Lo soñé? Quizás. Que ayer estaba ebria no tengo dudas, lo demás es confusión.

Con dificultad abro los párpados y me veo reflejada en el espejo. Me agrada la

imagen desnuda fuera de mí misma. Siempre lista, la Nikon enfocada al techo descansa sobre el velador. Aprieto el disparador automático mientras me pongo en diferentes posturas, tal como lo hacía con las muchachas de la revista.

Salgo de la ducha y prolijamente dibujo con un dedo dos círculos pequeños en el

vaho del espejo. Enmarco mis cansados ojos vacíos de expresión. ¿En qué escondrijo se oculta aquella niña de la abuela Olga? Necesito que me envíe una señal, algo que me indique el rumbo que debo darle a mi vida.

A través de la ventana la inmensidad del océano me sobrecoge mientras el sol

juega a las escondidas con las nubes. Cabalgando sobre la cresta de las olas un

grupo de surfistas con trajes brillantes negros las atraviesan, las esquivan con sus

gráciles cuerpos, se divierten y ríen sintiéndose libres. Quisiera ser como ellos, coordinar cuerpo y mente, destreza y confianza.

Fumando un cigarrillo bajo a la playa con mi máquina colgada al cuello. La garúa matinal me moja. El viento me despeina. Camino esquivando rocas y huiros.

Observar, esa es la consigna. Observar el instante preciso para la toma perfecta.

Los surfistas sobre las coloridas tablas y lo que ha arrojado la marea dan para algo sutil y provocador a la vez. Me impactan las enormes olas estallando contra las rocas. El mar está tan revuelto como mi mente. Y, sin embargo, me invade una sensación de paz. Algo me dice que la abuela Olga está a mi lado enviándome la señal que espero.

De pronto, el sonido del rotor de un helicóptero interrumpe mi ensoñación. Veo al borde del peñón a una mujer. Enfoco la cámara, acerco el lente al máximo y aprieto el disparador en forma intermitente. El helicóptero verde sigue dando vueltas y vueltas a su alrededor. En un instante, ambos desaparecen de mi vista y el peñón vuelve a quedar desierto. Intrigada, apresuro mis pasos al cuarto oscuro para revelar las tomas. Las del espejo, que quizás muestren quien estuvo conmigo la noche anterior, las dejaré para más tarde. Las que me tienen perturbada son las de esa mujer a punto de lanzarse al vacío. Comienzo la preparación con el baño de detención del revelador, lavado, fijación, aclarado, lavado final y por último el secado. Las imprimiré en blanco y negro para darle más dramatismo. El papel fotográfico devela una muchacha joven con largos cabellos al viento. No alcanzo a distinguir sus facciones. Saco la lupa del cajón y al colocarla encima del rostro, descubro mi propia imagen.